



# I

## Los gatos



Lo primero que notó, aquello que sintió en su cuerpo antes que ninguna otra cosa, fueron estímulos: chispas diminutas detrás de sus ojos, el olor de la arena, el tacto de los colores, el sabor del viento, rápidas sucesiones de imágenes y sonidos que percibía en remotas zonas de su mente como si pequeñas piedras rebotasen sin control alguno en las paredes de una gran caverna. Se sentía...

¿Podía sentir? Sí, podía hacerlo. Sus sentidos eran extraños, pero al mismo tiempo estaban ahí. Era como haber despertado de un largo sueño, un sueño que... ¿Dormir? ¿Había estado dormida todo aquel tiempo? ¿Cuánto tiempo?

Muy lentamente, sus sentidos se fueron ajustando. De repente, ya no sentía todos los granos de arena bajo su cuerpo: se estaban volviendo una masa húmeda y firme, al igual que el sabor que tenía en la boca, que pronto pudo identificar como salado. Y por encima de todo, un chirrido metálico que rezumaba entre los demás estímulos, algo que era imposible de concretar pero que existía, sin ninguna duda...

Con infinita lentitud y dificultad, abrió los ojos, y vio que el sol estaba alto. Al menos se acordaba de lo que era el sol, eso sí lo sabía, pero... ¿qué más? ¿Dónde estaba? ¿Dónde había estado antes? Y sobre todo, ¿quién era? Sus ojos eran capaces de percibir vagas formas, nebulosas de distintos tonos que más bien parecían resplandores... Ante ella, justo delante de donde estaba, había algo que tenía una forma familiar, un destello que le resultaba menos desconocido que los demás. Estiró su brazo hasta tocarlo, primero con la punta de los dedos, luego con la mano entera, sintiendo lo rugoso y áspero que resultaba pero

también lo conocido, lo confortable... Empuñando aquel objeto clavado en el suelo y apoyándose en su firmeza, se sintió más segura de alguna forma, aunque no habría sabido explicar por qué. Se incorporó ligeramente gracias a aquel apoyo, y se dio cuenta de que la claridad del sol ya no le hacía tanto daño... y no como aquella vibración del aire, que seguía chirriando y que, poco a poco, empezaba a identificar como un sonido.

Las formas fueron concretándose más y más, primero en su mente y luego ante sus ojos. Lo primero que distinguió fue su mano apoyada en el objeto, pero al principio le costó identificarla como una parte de su cuerpo, porque de alguna forma era como si no le perteneciese... Se aferraba a lo que estaba clavado en la arena porque aquella sensación sí le resultaba familiar: la sujetaba a un recuerdo del que no quería prescindir en ese momento... pero, aun así, el interés que le provocaba su propia mano la obligó a soltarlo para poder observarla mejor: era una mano blanca, delicada, con dedos suaves y estilizados, una mano que su mente identificó como usual, bonita, pero no extraña. Y sin embargo, al darle la vuelta y examinar la palma, dio un respingo: estaba sangrando.

Recordaba la sangre, chorreante y escarlata, como una alucinación desgastada por el paso del tiempo. Se asustó y, con desespero, enterró la mano en la arena sin pensar, apartando la vista, hasta que lentamente recordó que la sangre siempre estaba acompañada por el dolor, o los estímulos de dolor estaban asociados a la sangre. ¿Dolía la mano? No, no dolía... Muy despacio, la sacó de la arena y la examinó de nuevo, y con ojos aún borrosos pudo ver que el líquido rojo casi había desaparecido. No había herida: la sangre no era suya, la sangre estaba en el objeto que había tocado...

¿Qué objeto era ese? Allí seguía, delante de ella: una larga vara de metal clavada en la arena, rematada por una empuñadura. En algún rincón de su mente, algo le dijo que aquello era una espada, y aquel pensamiento le dio seguridad. Pero, ¿por

qué una espada? ¿Había llevado antes una espada? ¿Antes de qué? Solo el sonido que rasgaba el aire impidió que su mente entrara de nuevo en una vorágine confusa. Aquel sonido era algo natural, algo que llegaba desde más cerca y que estaba lleno de dolor...

Con enorme dificultad, se apoyó en sus brazos y trató de incorporarse. Descubrió que estaba justo al borde del mar, medio enterrada en la arena y con el agua lamiéndole las piernas, como si fuera un pedazo de madera que el océano hubiese arrojado a la costa. El pelo se le enredaba sobre la cara y necesitaba apartarlo de sus ojos para poder ver bien, así que se sentó en la arena y examinó de nuevo sus manos. Aún dudaba que le perteneciesen realmente: era como si fueran de otra persona... Movi6 los dedos con lentitud y desconfianza para asegurarse de que eran realmente suyos... y sí, sin lugar a dudas, lo eran, y eso le provocaba tanta alegría... Porque tenía manos, y eso le parecía extraordinario. ¿Acaso no había tenido nunca manos? Sí, las había tenido, algo se lo decía, pero hacía mucho tiempo. ¿Cuánto? Ni siquiera se preocupó: solo sabía que ahora las tenía, y que las había echado de menos pero que volvían a ser suyas...

Examinó luego sus brazos, acariciándolos, sorprendiéndose del tacto de su piel, de su suavidad y su blancura. Se pasó los dedos por su largo cabello y se le atascaron en la maraña, y al sentir el ligero tirón, evocó un nuevo recuerdo lejano: hacía mucho, mucho, que no sentía aquello... Sostuvo sus senos entre las manos, acarició su vientre y sus caderas, un escalofrío la recorrió de pies a cabeza cuando rozó con los dedos el valle que formaba la unión entre sus piernas...

Lentamente, todo volvía a tener sentido. Su cuerpo volvía a ser suyo, y eso la ponía tan contenta... Aunque seguía sin saber por qué, cuál era la razón de que estuviese tan feliz... Al momento, quiso incorporarse. Sabía que las piernas eran las encargadas de sostenerla, pero eso sí que resultaba un recuerdo lejano, más lejano todavía. ¿Cómo levantarse? Apoyando las manos de

nuevo en la arena, gateó con dificultad unos cuantos pasos, pero inmediatamente quiso ponerse de pie. Quería usar las piernas con un deseo casi desesperado, y no sabía por qué, pero sentía que debía ser así...

Al primer intento, se cayó otra vez. Pensó en ayudarse con la espada, pero la visión de la sangre la había incomodado tanto que hasta se había dado la vuelta para no verla, por lo que decidió no recurrir a ella. Intentándolo de nuevo, con mucha lentitud y tambaleándose al principio, consiguió finalmente ponerse en pie, guardando un equilibrio que no era todo lo bueno que hubiera deseado, pero que le permitía mantenerse más o menos firme. Inmediatamente, su campo de visión cambió: las cosas se veían de otro modo así, y también más lejanas, con la línea del horizonte tan elevada y a la vez tan distante... Sus ojos por fin estaban abriéndose y adaptándose totalmente a aquella nueva y a la vez antigua realidad, como si ellos también fuesen diferentes. Había tenido ojos, recordaba lo que era ver, pero... ¿veía de la misma manera que antes? ¿Antes de qué? ¿Qué era lo que...?

Y entonces, al darse la vuelta y contemplar la playa por primera vez, se dio cuenta.

Sobre la arena, frente a ella, se esparcían lo que parecían los restos de una respetable batalla. Había por lo menos unos cincuenta cuerpos de humanos, todos vestidos con armaduras, que yacían sin vida entre armas destrozadas y charcos de sangre. A sus pies, justo a su lado, había un humano decapitado cuya espada, clavada en la arena y teñida de sangre, era el objeto en el que se había sostenido antes. Lo miró con un gesto de fastidio. Los humanos no le gustaban, porque...

¿No le gustaban? ¿Por qué? Examinó con la mirada el cuerpo caído y luego el suyo propio, comprobando que eran bastante similares... Y sin embargo, había algo que le decía que ella no era humana y que, a pesar de todo, nunca lo había sido. Y aún más: que odiaba a los humanos, las únicas criaturas capaces de provocar una masacre como la que estaba viendo... Aunque de

todos modos, en su mente había recuerdos de batallas, de espadas... ¿Había provocado ella aquella batalla o había luchado allí? No, de eso estaba segura: ella no tenía nada que ver con aquello, porque ella acababa de despertar de otro lugar, de un lugar tan lejano...

El sonido que rasgaba el aire aumentó de intensidad, y la sacó de sus cavilaciones. Era tan monótono que casi lo había olvidado, pero ahora resonaba con toda claridad: un grito de angustia, como el aullido de dolor de un animal, y esta vez venía de un lugar localizable que estaba cerca... Sin pensar demasiado, y sin saber muy bien por qué, dirigió sus pasos hacia ese lugar, caminando con delicada y torpe lentitud.

Desde la posición en la que estaba no habría sido necesario moverse para ver de dónde surgía aquel sonido, pero sus ojos y sus sentidos necesitaban ajustarse de nuevo a los parámetros de la mente, y por eso, caminaba como sumida en un sueño en el cual los límites de su mundo no estaban totalmente definidos. Cada vez que quería centrar su atención en algo debía emplear todos sus recursos, por lo que no fue consciente de quién emitía los sonidos hasta que estuvo casi a su lado.

Era una criatura extraña, pero a la vez conocida. Estaba sentada sobre sus patas traseras y mantenía las delanteras estiradas, en una postura erguida que le daba una presencia mayestática, casi sagrada, a pesar de estar llorando gruesas lágrimas que caían por sus mejillas y se estrellaban contra la arena. En esa postura, la criatura era alta: ella apenas le llegaba al cuello, y su cabeza, provista de enormes orejas puntiagudas y cubierta de un pelo negro y marrón en tonos más claros que conformaba una curiosa máscara, sobresalía poderosamente del resto del robusto cuerpo. Tenía también una larga cola que balanceaba con movimientos rápidos y calculados, y de tanto en cuanto emitía aquel sonido sostenido, primero en un tono más grave, para convertirse inmediatamente en agudo, profundo, largo y lastimero: una suerte de aullido que rezumaba una infinita tristeza. Ella se acercó

caminando porque aquella criatura no solo le resultaba familiar, sino que estaba segura de que era amistosa y podía fiarse de ella, aunque no supiera la razón. Pero había algo extraño: aquellas lágrimas... Esas criaturas no lloraban nunca.

Concentrada en su propio dolor, la curiosa criatura aún no se había dado cuenta de su presencia, así que hasta que la muchacha no estuvo a pocos pasos de ella no sintió nada extraño en su entorno. Sin embargo, se sobresaltó cuando la recién llegada a la vida extendió el brazo y, señalándola, pronunció con dificultad su primera palabra:

—Gato.

—¿¡Qué!/? —La criatura rugió con fuerza, levantándose de un salto y arqueando el lomo, haciendo que su pelo se erizase. En aquella postura parecía incluso más alta que antes, a pesar de haberse puesto a cuatro patas.

La muchacha la miró con extrañeza. El movimiento de la criatura había sido demasiado rápido para sus ojos y necesitaba volver a enfocarla... ¿Y por qué estaba enfadado el gato? Los gatos eran amables, eran...

Mientras las ideas seguidas de los estímulos se agolpaban en su mente y los recuerdos se organizaban, el gato tuvo tiempo de sobra para examinar a aquella muchacha desnuda que le había hablado y que parecía muy confundida. Sin abandonar su postura defensiva, la miró con esa curiosidad que siempre sienten los gatos, preguntándose si realmente estaría tan perdida como aparentaba. Estaba pensando en darse la vuelta y marcharse sin más, cuando una nueva palabra pronunciada por aquella extraña muchacha obligó al gato a tomar otra decisión.

—Lágrimas.

—Lágrimas —suspiró entonces el gato, relajando el lomo pero sin abandonar la postura—. ¿Qué se supone que tengo que añadir a eso?

—Gato.

—¿¡Sabes decir algo más!/?

Y en ese momento, la confusa mente de la muchacha, que funcionaba más con sensaciones que con pensamientos, dio con la palabra exacta que expresaba lo que quería decir, y a la vez transmitir a la criatura que tenía ante ella.

— Amor.

— Vaya, estamos un poco confusos, ¿verdad? — dijo entonces la gata, pues en realidad era una hembra, abandonando la postura y sentándose de nuevo en la arena, mientras se limpiaba las lágrimas con su pata y le sonreía — . No eres humana, eso ya lo veo... Me habías asustado. Los humanos son los responsables de esto, por eso estoy llorando. Ese gato es mi hijo.

Con un movimiento de cabeza, señaló un cuerpo en la arena en el que la muchacha no se había fijado. De tamaño más pequeño, comparado con su madre, y con un pelaje parecido, yacía ensangrentado y muerto. La muchacha lo miró con tristeza.

— Hijo. Amor... lágrimas... gato — murmuró.

— Nunca había visto nada como tú. Parece que no sabes hablar, pero expresas muchos sentimientos con lo poco que dices... ¿Conoces a los elfos? ¿Eres pariente suyo?

Mientras la gata la observaba con curiosidad, olvidándose por un momento de su dolor, ella meditaba las palabras con lentitud, como si tuviese que ir colocándolas en distintos huecos para que adquiriesen un sentido completo y poder comprender el mensaje. Expresar sentimientos era algo que encajaba, que tenía sentido, pero no lo de los elfos. No sabía qué eran los elfos, y si lo había sabido alguna vez, no lo recordaba con claridad, por lo que descartó esa última parte. No servía: había algo para designar ese sentimiento de forma rápida y contundente, una sola palabra...

— No.

— No a lo de los elfos, ¿verdad? Aún no sé qué eres, y me parece que tú tampoco estás muy segura... pero llegaremos a averiguarlo. Me llamo Philian. ¿Cómo te llamas tú?



Aquellas palabras causaron un efecto inmediato en la muchacha, que abrió mucho los ojos y puso cara de extrañeza. Había algo allí que no encajaba, que faltaba en el esquema y que, de algún modo, era una pieza importante: una pieza que daría sentido a todas las demás... En algún rincón de su mente se dio cuenta de que eso era lo que necesitaba para comprenderlo todo, porque sabiendo eso, todo tendría sentido...

No, no sabía cuál era esa pieza, pero sí conocía su importancia.

—Nombre...

—Sí, eso es. No sabes tu nombre, ¿verdad? Bueno, qué más da: a fin de cuentas...

—Nombre —insistió ella, interrumpiéndola con gesto de urgencia—, importante.

—Así que a fin de cuentas es importante. Bueno, no pasa nada, ya te pondremos uno.

—No —contestó de nuevo, con brusca rotundidad—. Mi nombre.

—Quiero decir que hasta que sepamos tu nombre te pondremos otro, para poder llamarte de algún modo...

—¡No! —repitió con más fuerza.

—De acuerdo, señorita misteriosa: no te pondremos ningún nombre. —La gata se rascó detrás de una oreja con la ayuda de su pata trasera, y cuando acabó, miró al cielo con gesto serio—. El sol empieza a estar alto, será mejor que nos vayamos hacia el bosque: los humanos pueden volver.

—Humanos... no... amor.

—No demasiado, desde luego...

La muchacha se arrodilló junto al pequeño gato muerto y le cerró con la mano uno de sus ojos, que aún permanecía abierto. Le acarició con delicadeza las vibrisas, mientras Philian se agachaba y cortaba una de ellas con sus dientes para colocarla entre sus propios bigotes, a los que se unió de forma misteriosa hasta quedar fija y formar parte de las demás. Aquel nuevo pelo

completamente blanco destacaba poderosamente sobre el resto, de color más oscuro.

La muchacha siguió acariciando el cuerpo muerto hasta que, de improviso, se levantó de un salto y corrió hacia el mar para sumergirse: se había manchado las manos de sangre... Philian la observó con gesto curioso, y más aún al ver que, mientras salía del agua, varias estrellas de mar se le iban pegando a la piel, enganchándose unas a otras. La joven caminó despacio, como si ya lo esperase, dejando que las estrellas se agrupasen y cubriesen su cuerpo colocándose unas sobre otras hasta formar una especie de vestido. Divertida por el espectáculo, la gata se limitó a sonreír: su instinto, que se perdía en la noche de los tiempos, le decía que con aquella criatura las sorpresas no habían hecho más que empezar...

—Vaya... Es bonito, aunque no creo que puedan resistir mucho lejos del agua.

Pero la muchacha, casi sin oírla, había empezado a caminar entre los restos de la batalla en una dirección determinada. Sus impulsos continuaban siendo confusos: por una parte, estaba siendo guiada de algún modo por las estrellas de mar, que la empujaban hacia un lugar tal y como antes le habían dicho de alguna forma que no se preocupase, y por otro lado, una gran fuente de energía brillaba con tal resplandor en su mente que no dudaba en dirigirse hacia ella con determinación. La gata la siguió con la vista hasta que decidió ir tras ella para evitar que se lastimase o se perdiese, aunque parecía que sabía muy bien adónde se dirigía.

Caminó entre restos humanos y de otros seres, todos iguales pero que no supo identificar, en la dirección a la que sus tambaleantes piernas la llevaban, mientras Philian la seguía de cerca sin importunarla. La gata cada vez tenía más claro que, aunque aquel ser parecía confundido y no sabía aún manejarse completamente, guardaba todo un mundo dentro de su cabeza por el que se movía con bastante precisión, lo cual quedó demostrado

cuando se agachó frente a una criatura muerta, parecida a las otras pero al mismo tiempo muy distinta, cuyas crines llenas de pegajosa sangre yacían enmarañadas junto a su cuerpo muerto.

— Unicornio...

— Sí, así es. Por eso empezó esta batalla, pero no fue por su culpa.

El animal, parecido a los caballos diseminados a su alrededor pero con un pelaje azulado, tenía un aspecto horrible. Estaba tendido en la arena, con las crines chamuscadas y varios trozos de piel arrancados. La muchacha le cerró los ojos con la mano, y después le acarició el morro con ternura. No lloró, pero dijo:

— Lágrimas.

— Así es. — La gata asintió, comprendiendo —. Lágrimas.

Con la punta de los dedos, la muchacha acarició el ensortijado cuerno, tan largo como su propio antebrazo y al mismo tiempo fino y delicado, aparentando una fragilidad que no era tal. Sin saber cómo ni por qué, ella lo cogió por la base y, al momento, el cuerno pareció desprenderse del cuerpo del unicornio muerto sin ninguna dificultad. Ella sintió chisporrotear una corriente de energía a través de su piel. Estaba claro que aquello era algo poderoso, algo que le hizo recordar una sensación que la confundió: algo tan grande que se le escapaba de las manos y que, sin embargo, podía resumirse en una única palabra:

— Magia.

— Eso es. Es lo que buscaban quienes lo capturaron. Anda, vamos hacia las montañas: es tiempo de dejar atrás este lugar. No me extrañaría que viniesen más humanos, y no tengo ningunas ganas de encontrarme con ellos.

Con un hábil movimiento, y antes de que la muchacha pudiera darse cuenta de lo que sucedía, la gata la atrapó con su zarpa y la subió sobre su lomo con toda delicadeza, comenzando a caminar hacia el límite de la arena. Cuando su visión volvió a aclararse y a ajustarse al entorno, la muchacha pudo ver que la playa en forma de media luna formaba una pequeña bahía

y terminaba en una pared escalonada por la que se diseminaban distintos grupos de árboles y arbustos. Tal vez ella no habría podido franquear aquel obstáculo con tanta facilidad, pero a la gata no le resultó complicado, y muy pronto llegaron a una zona más llana, tan alta en la pared rocosa que desde allí podía verse toda la extensión de arena amarilla sobre la que estaban esparcidos los cuerpos sin vida. La muchacha comprendió entonces que Philian la estaba ayudando, porque sin la gata, ella nunca habría salido de allí por aquel camino, que sin duda era el más seguro...

—Philian...

—Vaya, sabes decir mi nombre... ¿Qué?

Quiso decirle algo, pero se dio cuenta de que era mucho más sencillo hacérselo entender de otro modo, así que le dedicó una gran sonrisa y la acarició entre las orejas. La gata, por su parte, le devolvió la sonrisa y emitió un ligero ronroneo que primero sorprendió a la muchacha, pero que al poco rato consiguió imitar con su boca de un modo bastante convincente.

—¿Sabes ronronear? Tú eres una caja de sorpresas... De nada, tranquila. ¡Espera! Alguien viene, por allí, y es un grupo numeroso.

La playa quedaba ya bastante por debajo de donde ellas estaban, y los árboles impedían que cualquiera que pudiese aparecer las viese desde la arena, por lo que se quedaron quietas y expectantes hasta que, al cabo de poco tiempo, aparecieron por el lado sur de la bahía varios jinetes que tenían todo el aspecto de ser humanos montados sobre caballos, aunque era bastante difícil saberlo debido a las armaduras que cubrían tanto los cuerpos de los jinetes como las monturas: unas corazas metálicas de color negro brillante que tenían el aspecto de ser pesadas e incómodas. A la cabeza del grupo iba una figura más destacada con un estandarte negro en la mano, y fue la primera en desmontar y empezar a dar órdenes enérgicas a los demás, que se pusieron de inmediato a rebuscar entre los restos. La muchacha miró a Philian con gesto de extrañeza.

—No, tú no puedes oírles, pero yo sí. Están buscando algo, y me parece que no van a encontrarlo. Los humanos son tan idiotas que no podrían distinguir a un unicornio de un caballo si no fuese por el cuerno...

La muchacha comprendió el significado de aquellas palabras, pero de nuevo había un punto oscuro, y era que no podía oír a aquellos humanos que, sin embargo, no estaban tan lejos. ¿O sí lo estaban? Parecía que sí, pero alguna de las piezas de su mente le indicaba que era extraño no poder escucharles. Tal vez antes podía... ¿Antes de qué? Volvió a mirar sus manos y, de nuevo y sin saber muy bien por qué, se alegró de que estuviesen allí...

La voz de Philian interrumpió sus pensamientos, forzándola otra vez a centrar la atención en lo que decía. En ese momento solo captó una pequeña parte de lo que estaba diciendo, pero le bastó para comprender lo que ocurría.

—...el poder es lo único que les preocupa, aunque a veces peleen entre ellos para defender a otras criaturas como ese unicornio. Quieren encontrarlo para quedarse con su poder...

Volviendo a contemplar el cuerno que aún llevaba en su mano, la muchacha fue de nuevo consciente de su presencia: aquella larga vara enroscada que parecía hecha de cristal brillaba con un resplandor delicado, y su tacto era suave y hermoso... Las estrellas de mar que le cubrían el pecho acercaron los brazos hacia él con lentitud, y ella comprendió entonces que aquello era también lo que ellas buscaban para sobrevivir, porque de alguna manera, el cuerno era lo que necesitaban. Con delicadeza, lo puso sobre aquellas extremidades ondulantes, que al momento parecieron absorberlo y lo hicieron desaparecer, y entonces ella lo sintió contra su piel, bien sujeto debajo de su vestido viviente. La mano con la que lo había sujetado hasta ese momento brillaba con ligeras chispas azuladas.

—Poder.

—Exacto, poder —afirmó la gata, pensando que le hablaba a ella—. Los humanos solo quieren poder, aunque tengan que robarlo para conseguirlo. Bestias despreciables... Mira, ahora están enfadados porque no lo encuentran. Su capitán les está gritando con una furia de mil demonios.

En efecto, desde la altura de aquel risco, los humanos parecían hormigas frenéticas moviéndose por entre los restos, y se les veía nerviosos y enfadados. Estuvieron rebuscando durante un buen rato, hasta que al final, desencantados, montaron de nuevo en los caballos y se alejaron por donde habían llegado. Philian negó con la cabeza, con gesto preocupado.

—No lo comprendo: han dicho que cazarían a otro, y los humanos nunca se habían atrevido a tanto... No nos quedemos aquí, vamos a las montañas... ¡Ay!

La muchacha estaba tirándole de una oreja y señalaba con insistencia un punto en la lejanía del mar, un punto que apenas era visible para la gata, por lo que esta se sorprendió más de que ella pudiese verlo que de lo que veía.

—Ya veo: una barca, y muy pequeña. No creo que llegue muy lejos, y eso que se dirige mar adentro. ¿Cómo has podido verla? Está muy lejos para tus ojos...

En realidad, no habían sido sus ojos los que la habían visto, porque era la energía que la barca desprendía más allá del horizonte lo que la muchacha había percibido... pero no sabía cómo explicárselo a Philian, así que, por toda respuesta, se encogió de hombros con una sonrisa. Y después de devolvérsela, la gata comenzó a caminar lentamente hacia la cima, en dirección a las montañas.



Tras los riscos se levantaba una aparentemente interminable sucesión de montañas tachonadas de verde en algunos lugares, y completamente desnudas en otros. Philian parecía conocer bien

aquella zona, ya que no dudó en tomar un camino que las condujo muy pronto hacia un valle abierto por el que transcurría un embravecido riachuelo. Caminaron hasta que el sol estuvo en lo alto, al filo de la hora de la oveja, momento en el que Philian se dio cuenta de algo muy importante.

—Oye, ¿no tienes hambre? Desde que nos conocemos, no te he visto comer nada.

La muchacha la miró sin comprender, pero no dijo nada. Durante el trayecto habían estado hablando casi todo el tiempo, aunque no siempre con palabras, porque la mayoría de las veces lo hacían mediante gestos y miradas, mirándose a los ojos y sonriendo. Sin duda, la gata le había cogido cariño a la muchacha. Sabía desde el primer momento que era un ser especial, sobre todo después de haberse dirigido a ella con toda la ternura del mundo utilizando aquella palabra, *gato*, y escogiéndola a ella antes que a los humanos sin dudarlo, a pesar de que parecía evidente que formaba parte de su especie. Aunque, por otro lado...

Así que sin necesidad de más palabras, Philian se agachó y le indicó a la muchacha que bajase de su lomo al pie de un enorme castaño.

—Espérame aquí: voy a cazar algo. Tal vez te guste esto.  
—Empujó con su pata el fruto del árbol, que era un saquito punzante lleno de semillas marrones—. Ya están bastante maduras, pero vas a tener que pelarlo. Cuidado con los pinchitos del suelo.

Sin dar señales de haber oído lo que le decían, la muchacha se acercó al árbol con tranquilidad, buscando aquella energía que desprendía y que era tan atrayente... Iba a acercarse a los nudos al tronco, pero en ese momento pisó una de aquellas semillas con su pie desnudo. El ligero dolor la hizo reaccionar, y después de cerciorarse de que no había más semillas cerca, no tuvo más remedio que sentarse entre las raíces. Tomando con sumo cuidado una de ellas, peleó infructuosamente para coordinar de forma correcta los movimientos de sus manos, pero no lo consiguió.

Mientras tanto, Philian había tenido tiempo de sobra para cazar una liebre de buen tamaño, y se puso a descuartizarla. Iba a ofrecerle un bocado, pero en ese momento cayó en la cuenta de que a su invitada tal vez no le gustase la carne cruda.

—Mhmmmm, voy a tener que hacer fuego. No creo que te guste la carne fresca...

Pero para su sorpresa, y en cuanto le puso un trozo de carne bajo la nariz, la muchacha se arrojó sobre él y empezó a darle dentelladas. Aunque ese entusiasmo inicial duró poco, ya que al momento torció el gesto y, con cara de repugnancia, escupió con violencia.

—¿Por qué has hecho eso? Ya sabía yo que iba a gustarte más bien poco... aunque la verdad es que tu gesto ha sido muy preciso. No serías un gato antes, ¿verdad?

La muchacha miraba la carne con expresión de extrañeza, y también a la gata, mientras más chispazos destellaban en su mente. Había reaccionado con unos esquemas que le resultaban muy familiares, y sin embargo, se había dado cuenta de que aquello no era lo que quería, porque había otro modo de comer la carne: un modo más antiguo, que estaba en su memoria y que luchaba por salir...

Mientras todo esto pasaba por su cabeza, la gata acabó de cortar con sus uñas la carne, y luego juntó un pequeño montículo de hierba seca alrededor de una piedra que arañó hasta producir una lluvia de chispas. Pero encender un fuego de ese modo es siempre una tarea demasiado laboriosa para un solo gato, y de alguna manera, la muchacha lo sabía... así que, sin pensarlo demasiado, metió la mano entre las estrellas de su vestido viviente y cogió el cuerno, que apuntó hacia la leña seca moviéndolo en el aire con un complicado y preciso quiebro. Al instante, la madera crepitó, envuelta en pequeñas llamas azules. Con una sonrisa, la muchacha devolvió el cuerno a su lugar y, mirando a la gata, pronunció una única palabra:

—Fuego.



—No eres humana, eso está más que claro. Y además sabes utilizar la magia, cosa que no cualquiera puede hacer. —Philian le dedicó una larga mirada, aunque no pudo descubrir nada que no hubiese visto antes, y habló más para sí misma que esperando una respuesta —. ¿De dónde vienes? ¿Qué eras antes de llegar a la playa?

La muchacha se quedó pensativa durante un buen rato, hasta que la carne estuvo cocinada completamente, y en todo ese tiempo no pudo encontrar una explicación que la dejase totalmente satisfecha, así que se limitó a sonreír. Y Philian contestó con otra sonrisa.

Después de haber pasado por el fuego, la carne tenía un sabor muy distinto, y la muchacha no tardó en dar buena cuenta de ella. No sería la primera vez en toda la jornada que se asombrase de lo que sentía al recordar sensaciones añoradas, y sin embargo familiares...

Pero nada de eso pudo compararse con lo que sintió a la caída de la noche cuando, a la hora del cerdo, Philian le dijo que debían descansar, acurrucándola entre sus patas delanteras. No necesitó más que cerrar los ojos, y casi inmediatamente, soñó, y sus sueños la impactaron verdaderamente... y nada lo describe mejor que el poema que ella misma escribiría tiempo después, recordando nítidamente aquella experiencia que ya nunca más podría olvidar:

*Hoy, cuando he despertado,  
me ha perseguido un sueño  
como una ráfaga,  
un viento o un trueno,  
de vez en cuando me traspasa un recuerdo...  
¿Una cabeza de gato?  
¿Una pared?  
¿Una piedra,  
un trozo de qué...?  
Universo hecho de cuentos  
y todo porque era un sueño...*



Atravesaron aquellas montañas caminando siempre en la misma dirección, cazando todo lo que fuese comestible y les sirviera para subsistir cómodamente. Al cabo de pocas jornadas, el territorio se volvió cada vez más árido, hasta que prácticamente estuvo formado por montañas desnudas entre las cuales se escondían algunos lugares con agua que formaban islotes de vegetación entre las rocas, en los que se detenían a menudo a dormir o simplemente a disfrutar de la belleza y comodidad del lugar. A veces descansaban una o dos noches en esos refugios naturales, y mientras las estrellas de mar reponían fuerzas en arroyos por los que corría agua dulce siempre con la indispensable ayuda del cuerno del unicornio, Philian y la muchacha jugaban entre los árboles, despreocupadamente.

Poco a poco, la joven fue aprendiendo a moverse como un gato. Recordaba haberlo hecho antes, pero era de mucha ayuda tener a una maestra como Philian para indicarle cómo. La gata la educó, casi sin proponérselo, como a cualquiera de los hijos que había tenido. Le enseñó a trepar a los árboles y a saltar desde ellos sin hacerse daño, y la muchacha, al mismo tiempo, también aprendió a hablar la lengua *aymarda* con más fluidez, aunque el caos interno de su mente nunca cesase del todo. Muchas veces era capaz de articular una frase completa, pero otras necesitaba tiempo para reordenar sus pensamientos hasta que, pasado un rato, transmitía lo que deseaba con un simple gesto.

Pero lo más importante que la gata le enseñó fue su modo de vivir: el amor por la libertad, total y absoluta.

—Los gatos somos libres —le repetía constantemente—. Nuestro hogar es la tierra que está bajo nuestras patas. La Tierra Incontable es nuestra casa y la queremos por igual: no nos preocupa dónde estuvimos ayer ni dónde estaremos mañana... Y nos gusta la compañía, pero también la soledad. Llegará el momento en el que tendrás que buscar tu propio camino, y entonces

tendrás que recorrerlo sola. Pero no creas que esa soledad es una carga, todo lo contrario: es nuestro mayor tesoro. Sabemos qué es la soledad, por lo que no necesitamos a nadie... pero al mismo tiempo, y precisamente por eso, sabemos apreciar la compañía.

Por su parte, la muchacha nunca se preocupó del destino de aquel largo viaje. Confiaba en Philian como en una madre, palabra que evocaba de nuevo un sentimiento demasiado lejano, infinitamente perdido en la memoria de su caótica mente... Así que viajaron atravesando montañas y más montañas, hasta que un día, en uno de aquellos escondidos valles donde solían descansar, la gata le expuso sus intenciones. La muchacha estaba recostada sobre la enorme barriga de su madre adoptiva y la rasca mimosamente bajo la barbilla, a lo que ella respondía con sonoros ronroneos.

— ¿Feliz, Philian?

— Sí, desde luego. Contigo a mi lado, soy feliz. ¿Y tú?

— Nombre... Tengo que... Quiero.

— No te preocupes, ya lo sé. Estoy segura de que alguien podrá ayudarte a encontrarlo. Pero recuerda que, pase lo que pase, tendrás que hacerlo tú sola.

— Soledad... Yo sola...

— Tienes que encontrar tu nombre, y sabes que es importante para ti... y que yo no puedo acompañarte adonde tienes que ir.

— Ir... ¿Adónde? ¿Adónde vamos?

— Hacia el sur. Tenemos que llegar a Karelyon.

— ¿Karelyon?

— Un asentamiento al sur de estas montañas. Es un lugar donde conviven todo tipo de criaturas, y es el mejor sitio que conozco para empezar a buscar... aunque te advierto que también hay humanos.

— Pero tú no vendrás...

— Ya te he explicado que a los gatos nos gusta movernos, y que la Tierra Incontable es nuestro hogar. Tú tienes que encontrar tu nombre, y estoy segura de que lo harás. Después de eso,

quién sabe... Tal vez volvamos a encontrarnos, en otro lugar... o en estas mismas montañas.

—Montañas... Nadie.

—Ya sé que aquí no hay nadie. Esto son las Montañas de la Luna, y antes estaban llenas de trasgos y de trímoros. Los humanos acabaron con casi todos, y ahora los más aventureros o los más desesperados las atraviesan hasta llegar incluso a Tempélinon, aunque ellos van por caminos más directos. Yo no tengo ganas de cruzarme con nadie, así que...

En cuanto oyó ese nombre, la muchacha se perdió de nuevo en un recuerdo lejano. El nombre que acababa de oír evocaba en ella un recuerdo poderoso, el recuerdo de un lugar... ¿Qué lugar?

Un lugar en el que había humanos.

No sabía por qué, pero los odiaba. Y no era porque le resultasen antipáticos por la batalla o por lo que Philian le contaba acerca de ellos: era un sentimiento más atávico, más antiguo... No, no quería verlos, ni quería tener nada que ver con su raza.

Pero tampoco sabía qué hacer, y confiaba en Philian lo suficiente como para permanecer junto a ella y seguir sus consejos... aunque esos consejos la encaminasen hacia un lugar habitado por humanos. Después de todo, era su madre...

O al menos, así lo sentía ella.



Las montañas fueron perdiendo poco a poco su inaccesible esterilidad, y el paisaje se fue suavizando hasta que, al cabo de unas cuantas jornadas de marcha, llegaron a un amplio valle en el que un bosque de árboles frutales se extendía hasta donde abarcaba la vista. Estaban plantados de forma tan regular que parecía que alguien los hubiese sembrado a propósito, aunque la gata le confirmó a la muchacha que aquel lugar era un sitio bastante poco visitado. Caminaron por entre ellos con tranquilidad hasta

que, de improviso y para sorpresa de la muchacha, un enorme gato de pelaje amarillo apareció de la nada y se materializó ante ellas como si no hubiera existido nunca hasta ese momento.

—Hola, Philian. ¿Tu amiga humana no es peligrosa?

—No humana —le contestó la muchacha, frunciendo el ceño—. Soy un gato.

—Ya. Y yo una mariposa.

—No vuelas.

—Tampoco tú tienes pelo.

—Yo tengo pelo —dijo, sacudiendo su melena negra—, tú no tienes alas.

—Ganaste. ¿Cómo se llama este gato de dos patas?

—No lo sabe, Keppan —le contestó Philian, al tiempo que se restregaba contra él a modo de cariñoso saludo—. Y no, no es humana. No sabe quién es, pero es mi hija porque ambas lo hemos decidido. Voy a llevarla hasta Karelyon para que vea a un mago.

—Lo único que encontrará en Karelyon será desconfianza y recelo. Los humanos están algo alborotados, según he oído. Y por mucho que parezca uno de ellos, no creo que los entusiasme ver a una criatura con semejante vestido.

—Mi vestido es bonito.

—Oh, sí, pero hay gente que no sabe apreciarlo. Venid, estábamos a punto de encender el fuego para pasar la noche.

Aparecieron más gatos también de la nada, y la muchacha pensó que sin duda sabían esconderse cuando querían. En aquel momento vivía allí una comunidad que constaba de unos veinte, que se dedicaban a sestear o a pasear entre los árboles y a rascarse contra ellos sin demasiadas preocupaciones. Eran de distintos tamaños y colores, y uno tras otro fueron acercándose hasta la recién llegada, que los saludó como si fuesen miembros de una gran familia de la que ella no dudaba formar parte. Ellos disfrutaron de su compañía tratándola desde el primer momento con afecto y como a una más, pero con la diferencia añadida de su pequeño tamaño y su asombrosa agilidad, que la convertían en

un novedoso y divertido juguete del que todos disfrutaron durante el resto del día.

Aquella jornada, la muchacha comprendió mejor la forma de vivir de los gatos y aprendió muchas cosas sobre ellos, como la manera de hacer fuego entre varios, preparando un buen montón de leña seca y hojas alrededor de una piedra de aspecto amarillento que arañaban después con sus uñas repetidas veces hasta hacer saltar chispas, o cómo cazaban en grupo, utilizando sus dotes de camuflaje incluso en los lugares más despejados. A lo largo de la hora del perro comieron todos juntos en torno a la hoguera, y después, algunos siguieron contando historias hasta bien entrada la noche. Los gatos son grandes contadores de historias vividas o escuchadas por los caminos de la Tierra Incontable, que nunca se cansan de recorrer...

Aunque la muchacha, acurrucada entre las patas delanteras de Philian, prefirió pronto sumergirse en el mundo de los sueños, mientras les escuchaba sin prestar excesiva atención a todo lo que le contaban, porque le encantaba dormirse oyendo el ronroneo de su madre sobre su cabeza.

Y, mientras tanto, Keppan y Philian aún hablaron largo tiempo a la luz del fuego.

—Bonita criatura, después de todo. Me recuerda a alguien, aunque no sabría decir a quién...

—No es extraño. Los gatos apenas sabemos decir nada de nadie, y menos de nosotros mismos...

—He oído que uno de tus hijos ha muerto. Lo siento mucho.

—Tal vez por eso la adopté. —La gata contempló amorosamente a la muchacha—. No lo sé... Lo único que sé es que la quiero, y que deseo que se encuentre a sí misma.

—Su nombre... ¿Por qué es tan importante? Podría ponerse uno, o podrías ponérselo tú, y ya está. Después de todo, es hija tuya...

—No, Keppan. Es hija mía, pero también es mucho más que eso. Para esta muchacha, su nombre es algo más que una palabra

o una definición. Yo creo que es la llave de una puerta tras la que hay escondidas muchas cosas. Está convencida de que si encuentra su nombre sabrá quién es, y yo he decidido prestarle todo mi apoyo.

—Mhmmmm, ¿has pensado en los elfos? Ellos son los que más se preocupan por las palabras y los que mejor las conocen...

—Lo sé, pero aunque los conozca, no creo que tenga que ver con ellos. Todo esto está poco claro: ha aprendido mucho conmigo, y muy rápido, pero sigue sin saber de dónde viene. Lo primero que recuerda es haber despertado en la playa y nada más, pero no ha podido nacer de la nada... Creo que en Karelyon podrá encontrar a alguien que pueda decirle por dónde empezar.

—¿Y vas a dejar que lo haga sola, con lo raras que se están poniendo las cosas? La quieres demasiado para eso, y lo sabes.

—Es una gata, así que sabe cuidarse sola. Yo ya le he enseñado todo lo necesario, y si tenemos que volver a encontrarnos, lo haremos. Todos mis hijos se han criado solos tras pasar seis lunas junto a mí.

—Ya. Y por eso estás tan triste, ¿verdad?

—Había ido a verlo porque me apetecía, Keppan, lo cual no quiere decir que me haya gustado el hecho de verlo morir delante de mí, por muy independiente que fuese... Pero su destino era suyo, y yo no soy nadie para guiarlo en una u otra dirección.

Keppan asintió con la cabeza, dejando que el reflejo de las llamas bailase en sus amarillos ojos.

—La verdad es que no sé qué decirte. En Karelyon hay de todo un poco. Tal vez encuentre lo que busca... o tal vez no, quién sabe.

—Confiemos en la magia... Ella la guiará.

—También Tui lo hará. No olvides que si es una gata, está bajo su protección.

—Lo sé, lo sé... De todos modos, espero que lo encuentre, porque se lo merece.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque es una criatura llena de *aniil*, y esa es razón suficiente para que consiga todo lo que desea.

De nuevo dirigió una mirada amorosa a la muchacha, que continuaba dormitando tranquilamente entre sus patas sin perder la sonrisa. Philian era una gata, nada iba a poder cambiar eso, y su espíritu de libertad imperaba sobre ella tanto o más que el recelo a los humanos... así que su nueva hija sería para ella una más. Es decir, la trataría como a cualquier otra de las que había parido, ni más ni menos, y ahí era donde radicaba su amor y su total entrega. En la última camada, uno de sus hijos había deseado quedarse a vivir en un mismo lugar y no moverse, y ella lo aceptó... y él llevó ese deseo hasta el extremo de perder la vida.

Pero sencillamente, así eran las cosas: emociones que no eran frías y calculadas, sino manifestaciones de sentimientos que muchas veces son más profundos cuanto más livianos parecen, ya que según el pensamiento de los gatos, el amor verdadero no tiene por qué estorbar a la vida...



Se despidieron del resto del grupo a la hora de la serpiente, y al cabo de un par de jornadas más llegaron hasta la Montaña de la Sombra, el último farallón de las Montañas de la Luna, en cuya falda se asentaba la población de Karelyon.

Las casas, pequeñas y de piedra gris, se desparramaban por las terrazas naturales de la falda de aquella montaña en un orden un tanto peculiar, dándole a todo el conjunto un aspecto de líquen orgánico que se extendía cada vez más allá de sus propios límites, organizándose en calles que descendían hasta desembocar en una plaza donde toda la población se reunía en los días de fiesta o de mercado. Desde la cima en la que estaban se podía vislumbrar el final del pueblo, en el Bosque Naranja, y más allá, a buena distancia, la cinta plateada del mar, además de las Ciénagas del Este, que contrarrestaban con el paisaje de



los campos cultivados salpicados de molinos de viento situados antes de llegar a ellas, al este de las casas.

La muchacha se estiró con felicidad bajo la caricia de los rayos de sol mientras la gata, sentándose sobre las patas traseras, emitía un ligero suspiro.

—Hemos llegado: esto es Karelyon. Aquí se separan nuestros caminos.

—Nuestros caminos ya no pueden separarse —fue la elocuente respuesta.

—No, nunca lo han estado, y nunca lo estarán —contestó la gata, sonriendo—. Prométeme que tendrás cuidado. Y pase lo que pase, nunca te vuelvas como los humanos.

Se abrazaron con ternura, y una sonrisa en los labios. Y ninguna lloró, porque no era necesario: después de todo, Philian había pasado por aquel momento muchas veces en su vida, y había enseñado a la muchacha igual que a cualquiera de los muchos hijos que había tenido y criado, por lo que comprendía que estaba preparada para asumir su nueva vida. Ella acarició a Philian con sus manos y la besó en la nariz, y la gata le respondió dándole un suave lametón en la mejilla.

—Antes de que te vayas, tienes derecho a saber nuestro secreto. No hemos estado juntas seis lunas, pero a pesar de todo te has ganado el derecho de ser un gato, y por eso voy a decirte algo que nunca podrás revelar a nadie más que a tus hijos. ¿De acuerdo?

—Sí, claro. Pero no sé si quiero... Si merezco saberlo.

—Eso lo decido yo, no tú. Ahora, escúchame bien: los gatos somos libres, y podemos viajar por toda la Tierra Incontable... y tú sabrás siempre qué camino escoger, porque tu instinto te lo dirá, y siempre encontrarás tu camino por muy perdida que estés. Allá donde te encuentres, confía en tu instinto para que te guíe, y nunca estarás perdida.

—¿Nunca?

—Jamás. Es algo que llevas dentro y que forma parte de tu naturaleza, pero no lo sabías porque nadie te lo había dicho. Pero ese no es el secreto, sino algo que nadie es capaz de conseguir si no se lo enseñan de la forma que yo te he enseñado a ti a confiar en tu instinto, por mucho que se lo expliques. El secreto, que solo comprenderás a su debido tiempo y que nunca deberás olvidar, es este: «Para atravesar un Muro de Tiempo, solo tienes que ronronear». ¿Lo has comprendido?

—No... pero lo comprenderé cuando sea necesario.

—No dejes que nadie te haga daño, corazón. *Nayrda*, la gran Tierra Incontable que tenemos bajo nuestras patas, es muy grande y alberga todo lo posible y lo imposible al mismo tiempo. Busca tu nombre, y encuéntrate a ti misma. Nos veremos en otro tiempo y en otro lugar.

Y dicho esto, la gata se dio la vuelta y comenzó a caminar en dirección opuesta, con la cola levantada y balanceándola de un lado a otro, creando una sensación de duda, un movimiento oscilante que mostraba pasado y futuro y que a la muchacha le pareció que le susurraba sin palabras aquella frase que tanto le gustaba a Philian repetirle: «Sé lo que deseas, no hay tiempo ni hay espacio, serás lo que quieras ser».

Sin moverse de donde estaba, la muchacha contemplaba cómo la criatura que ya sería para siempre su madre se alejaba con lentitud, hasta que la gata, antes de desaparecer de la vista, giró la cabeza para dedicarle una última sonrisa burlona, y alzando la barbilla, le indicó con un único gesto que siguiese adelante, y que descendiese la montaña. Ella le devolvió la sonrisa, y con paso decidido, se encaminó hacia la población.